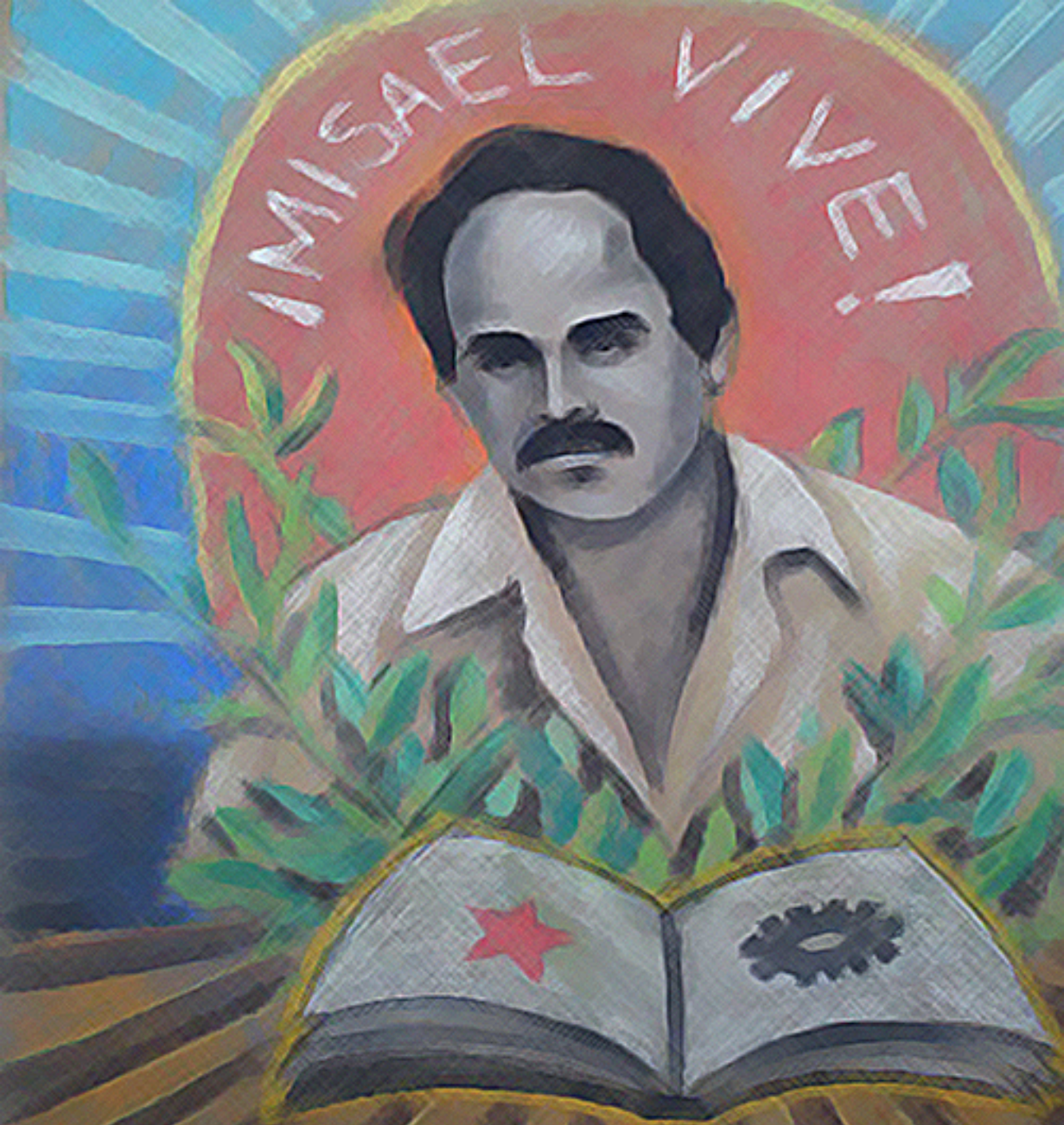




LA GUERRA SUCIA EN EL MAGISTERIO
BIOGRAFÍA DE MISAE NÚÑEZ ACOSTA

LUIS HERNÁNDEZ NAVARRO



1981-1993

La guerra sucia en el magisterio

LUIS HERNÁNDEZ NAVARRO

a

LA CRUDEZA DE LAS CIFRAS ES TESTIMONIO DE LA magnitud del agravio. Al menos ciento cincuenta y dos maestros democráticos fueron asesinados o desaparecidos desde que en 1979 se fundó la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE). Además, como parte de la guerra sucia contra los profesores disidentes, sus dirigentes fueron baleados, amenazados de muerte, violados, acusados penalmente y golpeados.

Esta guerra fue orquestada principalmente por la dirección nacional del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), por el grupo Vanguardia Revolucionaria y por sus sucesores en el or-

Imagen
MAURICIO
ALEJO



ganismo gremial. Participaron en ella, por comisión o por omisión, fuerzas del orden, cuerpos de seguridad y diversos gobernadores.

b

La CNTE se fundó en diciembre de 1979 para coordinar las grandes movilizaciones magisteriales por mejores salarios, democracia sindical y rezonificación, efectuadas en Tabasco, Chiapas, La Laguna y la montaña de Guerrero. Surgió como una fuerza de trabajadores de la educación nacional, autónoma, independiente del Estado y de cualquier partido político.

Desde su nacimiento se convirtió en un enorme desafío para la burocracia sindical agrupada en Vanguardia Revolucionaria, que desde 1972 tenía el control del SNTE. Sus dirigentes, muchos de ellos de origen caciquil y surgidos de una práctica gremial en la que la existencia de grupos de pistoleros era una constante, respondieron a esta expresión del magisterio con lujo de violencia.

En febrero de 1980, durante su informe como secretario general saliente en el XII Congreso Nacional realizado en Chetumal, José Luis Andrade Ibarra presentó un ejemplar análisis de la disidencia y de las medidas para enfrentarla. Según él, los maestros democráticos no eran más que “enanos celosos de la estatura de Jonguitud¹ [...] Fracasados que no tuvieron el cariño de los padres y que por eso llegan a traicionar e intrigar [...] Seres malformados [...] ciegos de poder [que] continuarán enfrentando emboscadas”. Concluyó declarando la guerra a la Coordinadora: “¡Duro con ellos! ¡Que no nos detengan las consecuencias!”

El tiempo mostraría que, efectivamente, las consecuencias no los detendrían. El mismo Andrade Ibarra se vería involucrado años después, en su afán por recuperar para su sindicato el control de los maestros que habían roto con Vanguardia mientras él era secretario

¹ Carlos Jonguitud Barrios, hombre fuerte, líder único y guía moral del SNTE hasta el arribo de su creación, Elba Esther Gordillo.

general, en la organización de grupos de pistoleros en Chiapas que asesinarían a mansalva al profesor Celso Wenceslao.

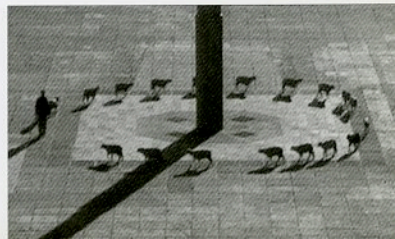
c

Durante los primeros meses de 1987 los profesores disidentes hicieron un plantón y una huelga frente al Palacio de Gobierno en Tuxtla Gutiérrez. Eran momentos duros para los maestros paristas, pues les habían retenido sus cheques durante tres quincenas. Allí estuvo Celso Wenceslao López Díaz. Rabioso, el ex secretario general del SNTE José Luis Andrade Ibarra instruyó a sus subalternos: “Hay que acabar con ese cabrón”.

Celso Wenceslao se graduó como maestro de primaria en la Escuela Normal de Navojoa, Sonora, en febrero de 1980. Regresó a su natal Nicolás Ruiz, en Chiapas, a trabajar en la primaria de su comunidad. “Era a él –decían los campesinos del lugar– a quien recurríamos para que nos orientara porque aquí ha habido sangre por la disputa de las tierras. Nos las quieren quitar para dárselas a gente de Venustiano Carranza, con la promesa de apoyos y créditos...”

El 30 de marzo del 87 –escribió el periodista Arturo Cano– Celso se encontraba con varios de sus compañeros cuando vieron aproximarse a un grupo de vanguardistas que, con sus cheques en mano, se burlaban de los inconformes. La indignación pudo más. Fueron tras ellos para reclamarles la burla. Cuando Celso y sus compañeros les dieron alcance, los recibieron a golpes y balazos. Ahí quedó Celso. Otro profesor, René Madariaga, resultó herido. Él reconoció al vanguardista Jaime Bermúdez Solórzano, alias *el Tragabalas*, como el asesino de Celso. René fue arrastrado hasta la casa del ex secretario general de la sección 7, Romeo García Laflor. Uno de los vanguardistas decía mientras lo golpeaba: “No hay que pelonearlo [raparlo], sino matarlo como quiere José Luis que se haga con estos cabrones”.

El homenaje a Celso Wenceslao en el zócalo de Tuxtla Gutiérrez fue multitudinario; después una caravana partió con el cuerpo hacia



Nicolás Ruiz, donde esperaba María Teresa, la viuda, que se quedó con dos pequeños hijos. En el camino un grito se escuchó una y mil veces: “¡Celso murió, Vanguardia lo mató!” Frente a su tumba, su padre, Melquiades Victorino López, dijo: “Este pueblo pierde a su mejor hombre, pero me apacigua saber que murió en buena ley, defendiendo su derecho a la dignidad”.

Lavándose las manos del crimen, el ya entonces secretario general del SNTE, Antonio Jaimes Aguilar, declaró que la muerte de Celso fue culpa de los maestros democráticos: “Fue un accidente entre ellos mismos”.

d

Aunque la guerra sucia contra los trabajadores de la educación democrática tenía ya años de ejecución, Carlos Jonguitud la refrendó con toda claridad el 3 de octubre de 1982, en la reunión de evaluación vanguardista realizada en el auditorio 15 de Mayo:

Espero que se entienda lo que voy a decir, no lo dejo para más tarde porque quizá ya no tengamos la oportunidad para hacerlo. Los congresos regionales están a punto de realizarse y antes quisiera recomendar algunas cosas. No voy a ser explícito en ellas, y quienes se queden con alguna duda, que la consulten directamente a la dirección del sindicato. Siento que alguna vez tendremos que ir a la guerra... y hasta ahí lo dejo. Nos debemos volver más eficientes, no queremos mártires, queremos victoriosos de todas las hazañas en que el magisterio nacional participe.

Un mes después, el 13 de noviembre, en un mitin efectuado en la explanada de la presidencia municipal de Tlalnepantla, en el Estado de México, con la intención de frenar la lucha de los maestros mexicanos, Elba Esther Gordillo, protegida del *Padrino* Jonguitud y figura fuerte de la sección sindical, al igual que Andrade Ibarra, sentenció: “Los pararemos cueste lo que cueste, a costa de lo que sea, con toda la fuerza del sindicato”.

Esta retórica no era novedosa. Tampoco el uso de la violencia

para dirimir cuestiones sindicales. Era moneda corriente entre los integrantes de Vanguardia Revolucionaria. Ella había sido la partera de su historia. El 22 de septiembre de 1972, Eloy Benavides y Carlos Jonguitud Barrios, hasta ese entonces miembros destacados de la camarilla en el poder del sindicato magisterial, tomaron violentamente el local sindical y desconocieron a la dirigencia en funciones. Contaban con el apoyo del presidente Luis Echeverría Álvarez, con quien entablaron amistad desde el paso de éste por la Oficialía Mayor de la Secretaría de Educación Pública (SEP).

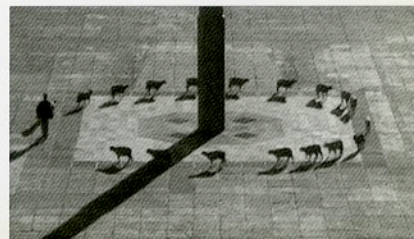
e

Oaxaca ocupa el triste primer lugar en la lista nacional de ciento cincuenta y dos maestros democráticos asesinados y desaparecidos: cuenta ochenta y siete muertos. La gravedad del asunto y la terquedad de los profes del estado para no olvidar a sus caídos arrancó al gobierno de la entidad el establecimiento de una fiscalía especial para asuntos magisteriales, a fin de esclarecer las muertes, las desapariciones y las detenciones políticas de los mentores.

Momento clave de la lucha de la memoria contra el olvido fue el 30 de enero de 1985, cuando se efectuó en Oaxaca un juicio político a Vanguardia Revolucionaria. Los testimonios presentados fueron estremecedores. Las víctimas no sólo habían sido maestros sino comunidades enteras dominadas por colegas corruptos. Entre muchas agresiones sufridas destacó la narrada por Francisco Abardía sobre lo sucedido en Puxmetacán, en la Sierra Mixe:

En la madrugada del 30 de octubre de 1978, más de treinta individuos con armas de alto poder y vistiendo uniformes del ejército, asaltaron la población de Santa María Puxmetacán. Al frente, comandando el asalto, se encontraban los profesores Acacio Juárez Lara y Rafael Ramírez Lescas, entonces dirigentes de la sección 22 de Oaxaca.

Juárez Lara y Ramírez Lescas organizaron un tribunal y declararon culpable al pueblo. Impusieron multas de entre diez mil y cien mil pesos a to-



dos los comuneros y, finalmente, cambiaron a las autoridades del lugar por familiares e incondicionales del propio Juárez Lara.

Como diecisiete comuneros no pudieron pagar la multa, fueron hechos prisioneros; doce de ellos fueron liberados posteriormente y los otros cinco permanecieron tras las rejas. Días después, Juárez Lara dio posesión a las nuevas autoridades y amenazó con regresar y castigarlos. Llevó como rehenes a los cinco comuneros presos, a quienes torturó y asesinó en el camino.

El saldo final de esta acción fue de trece muertos y más de un millón de pesos robados al pueblo: en el fondo de estos hechos estaba claramente un móvil identificable: el intento de Juárez Lara por apoderarse de más de mil hectáreas de las mejores tierras de la comunidad.

A pesar de que las averiguaciones de las autoridades judiciales demostraron la responsabilidad de Juárez Lara y Ramírez Lescas, y se libraron tres órdenes de aprehensión en su contra por el delito de homicidio múltiple, nunca han sido detenidos.

Vanguardia Revolucionaria cobijó estos crímenes. Hasta 1981 siguieron expidiéndose cheques de la SEP a nombre de los asesinos. Durante ese año el CEN solicitó y obtuvo, para los mencionados profesores, permisos especiales, mediante los oficios 21911, 27132, 28305 y 39115, firmados todos ellos por Ramón Martínez Martín.²

El tribunal concluyó: “Hemos sido testigos directos o indirectos de las agresiones de que han sido objeto compañeros de diversas secciones del país. Estas agresiones van desde las más simples hasta las más brutales: sanciones administrativas, secuestros prolongados, desapariciones y asesinatos políticos”.

Es larga la lista que sobre las agresiones ha elaborado gente como el profesor Ramón Couoh Cutz. En Guerrero se han documentado catorce muertes y desapariciones. En La Barca, Jalisco, fueron asesinados cinco maestros, en Sinaloa dos y en Chihuahua uno. Las fechas de los decesos abarcan amplios periodos: Manuel López Galeana fue

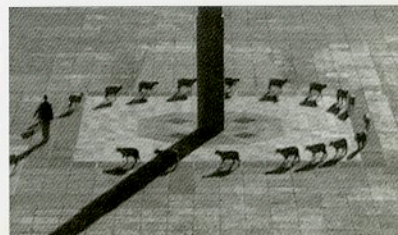
² Secretario general del SNTE de febrero de 1980 a febrero de 1983.

balaceado en Nezahualcóyotl en 1982 y Saturnina Martínez en Puebla el 19 de noviembre de 1993.

En Hidalgo la represión al movimiento democrático fue especialmente violenta. Allí los caciques conquistaron la estructura sindical y, sin más, trasladaron su modo de hacer “política” al quehacer gremial. El 16 de noviembre de 1982, en la Cámara de Diputados, el líder magisterial democrático y legislador de izquierda Iván García Solís alertó sobre la “guerra santa” convocada para combatir a “lo que dicen es una disidencia nociva para el sindicato y para el país”, guerra emplazada en esa misma sesión de la Cámara por el diputado del PRI y dirigente magisterial Álvaro Brito. García Solís se dio tiempo para hacer un rápido recuento de las agresiones sufridas por los profes en ese estado: en 1980, el líder de la sección 15, Ordaz Labra, y varios integrantes de Vanguardia Revolucionaria persiguieron a un grupo de maestros en la ciudad de Pachuca y en la carretera. En la acometida los automóviles de Heberto Hernández y Rosa María Ríos fueron baleados. En febrero de 1981 se secuestró violentamente a maestros disidentes; Francisco Austria fue agredido. Continuamente se realizaban disparos contra los domicilios de los mentores democráticos. El dirigente Roberto Meza fue baleado en 1981. En 1982 se denunciaron ante el ministerio público cuatro asaltos con armas de fuego al local sindical. En uno de ellos se hirió al profesor Carlos Delgado. En septiembre de 1982 cientos de maestros fueron violentados. Sin el menor empacho, dentro de la casa de gobierno, un hermano de Ordaz Labra golpeó a un oriundo de Tulancingo. El 23 de marzo Pedro Palma murió por disparos recibidos en una emboscada charra contra un mitin que celebraba el día del maestro.

f

La historia de Pedro Palma comenzó días antes, el 14 de febrero de 1981, cuando la CNTE aceptó que el Consejo Central de Lucha (CCL) de Hidalgo negociara con el gobernador del estado la entrega del local sindical Misael Núñez Acosta como medio de presión para resolver el problema político sindical en la entidad.



El 15 de marzo salió una marcha de mil doscientos cincuenta maestros en Pachuca, Hidalgo, rumbo a la explanada de gobierno, formada en su mayoría por mujeres. Allí se consultó a los presentes sobre las propuestas hechas por el gobernador para solucionar el conflicto. La mayoría aceptó el proyecto de convenio.

La multitud siguió su camino en dirección al local sindical charro, con la intención de hacer un mitin. Los dirigentes institucionales estallaron varios cohetes. Se levantó una densa nube de gases y polvo y se escucharon los primeros balazos. Era una emboscada contra los maestros democráticos. El pánico se apoderó de los manifestantes. Varios profesores cayeron heridos. La policía no intervino. Las escuelas cercanas suspendieron clases. Los charros iban armados con pistolas, cohetes, palos, varillas y bombas molotov.

Dos días después del ataque murió el profesor Odón Zaragoza, simpatizante de una facción de los charros y enemigo de otra. Las heridas que le causaron la muerte fueron hechas de arriba hacia abajo; la entrada de las balas se ubicaba en la parte superior del cráneo, y la salida cerca de la mandíbula. Fue asesinado por sus compañeros.

La cosecha trágica siguió. Nueve días más tarde falleció Pedro Palma, como resultado de los balazos recibidos. Un maestro presente en la emboscada rememoró:

Antes de llegar al lugar nos avisaron que gente de Ordaz Labra y pistoleros de Jonguitud estaban esperándonos en los parques y en las azoteas. Pero los maestros ya habían tomado su decisión y siguieron en marcha. Al llegar al edificio nos recibieron a balazos. Hubo siete heridos, uno de ellos Pedro Palma, que era maestro de educación indígena del valle del Mezquital [...] El maestro Palma se había escondido tras un montón de arena, pero la bala le atravesó el cuello. De inmediato lo trasladamos a México y estuvo agonizando un mes, hasta que falleció. Está enterrado en su pueblo, San Juanico, en el municipio de Ixmiquilpan, Hidalgo [...] Después de la refriega nos regresamos al gobierno del estado, fuimos a dejar a los lastimados al ISSSTE y ahí supimos que había judiciales heridos y que eran de San Luis Potosí, del estado de Jonguitud.

En la Ciudad de México se realizó una marcha fúnebre en honor de Palma. En la Normal Superior, frente a su féretro, una maestra bilingüe, ñañú como Pedro, dijo: “Pedro Palma, no te vamos a enterrar, te vamos a sembrar. Así tu vida será una semilla de lucha donde germinará nuestro movimiento”.

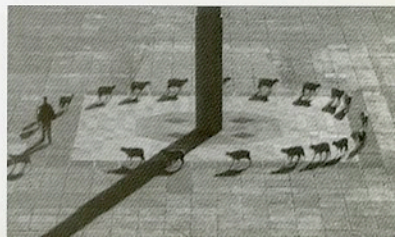
Lo sucedido en Hidalgo no fue, empero, una excepción sino la regla.

g

Una y otra vez los integrantes de la CNTE denunciaron en foros a los que tuvieron acceso la guerra sucia que padecían. Sin embargo, según Alberto Miranda Castro, secretario general del sindicato entre 1983 y 1985, éstas eran “opiniones de mentes calenturientas de la Coordinadora”. De acuerdo con el desplegado del Comité Nacional del SNTE, publicado el 22 de abril de 1982, todo se debía a que “la plañidera queja sobre supuestas agresiones impulsadas por nuestro sindicato forma parte del arsenal táctico con el que se desenvuelve la discrepancia [...] Las injustas imputaciones que a la dirigencia nacional se hacen no son sino la cortina de humo”.

Para Vanguardia Revolucionaria, la Coordinadora era una especie de engatusadora de mentes que robaba a los maestros su verdadera ideología. Durante el VIII Consejo Nacional Extraordinario, Olegario Valencia, secretario general de la Sección 23 de Puebla, dijo: “Se han preparado cuadros para adueñarse de la voluntad de los compañeros, mediante el contagio mental bajo las cantinelas, marchas y canciones quieren quitarles la ideología de Vanguardia Revolucionaria para después darles consignas que deberán seguir con toda rutina”. Un enemigo dotado de tales artes sólo podía combatirse con la represión.

Esa violencia no desapareció con la caída de Jonguitud. El 20 de enero de 1990, en Tepic, Nayarit, cuando Elba Esther Gordillo fue nombrada nuevamente secretaria general del sindicato, sus servicios de seguridad arremetieron contra los integrantes de la Coordinadora. Teodoro Palomino salió volando, a René Bejarano le pegaron por la espalda y a Miguel Bortolini le partieron la cara. Los golpeadores la



emprendieron con todo: patadas, empujones y amenazas con armas de fuego. Así se inauguró la nueva era sindical.

El saldo trágico del “¡Duro con ellos! ¡Que no nos detengan las consecuencias!” de Andrade Ibarra, el llamado a la guerra de Jonguitud y el “los pararemos cueste lo que cueste, a costa de lo que sea” de Elba Esther Gordillo está a la vista. La guerra sucia contra el magisterio fue uno de los más lamentables periodos de nuestra historia reciente. Y los atentados contra Víctor Ariel Bárcenas, Pedro Palma, Celso Wenceslao y Misael Núñez Acosta, los tres últimos asesinados, fueron episodios clave.

h

La insurgencia magisterial llegó a Morelos a mediados de 1980, estimulada por el trato negligente en los servicios médicos del ISSSTE. Víctor Ariel Bárcenas despuntó como uno de los principales voceros del movimiento. Culto, con formación política progresista y gran facilidad de palabra, relacionado con los cristianos liberales, se convirtió rápidamente en una de las figuras más odiadas por Vanguardia Revolucionaria. El 4 de febrero de 1981 fue baleado desde un automóvil sin placas. Resultó ileso.

La madrugada del 5 de junio de 1982, cuatro individuos –con acento norteno, pantalones vaqueros, botas, chamarras cortas, tres de ellos con sombrero– subieron al profesor Bárcenas a un automóvil negro. El pretexto utilizado era sencillo: lo requerían para asistir a una reunión magisterial de emergencia en la Normal Superior.

Dentro del carro, los delincuentes no demoraron en poner las cartas sobre la mesa. “¡Pero cómo son pendejos ustedes, gritan mucho, pero son pendejos! Pinche Arielito, ya te jodiste”, le dijeron.

El auto se detuvo en una calle vacía. Con violencia empezaron a interrogar a Ariel. Las preguntas comenzaron: “A ver, Arielito, hijo de la chingada, nos vas a decir dónde has andado y qué están preparando para septiembre”, le dijo uno de los secuestradores. En ese mes se reiniciarían las clases en todo el país y con ellas las movilizaciones magisteriales.

—Espérense a septiembre para saberlo —les respondió Ariel con gallardía.

—Cállate, cabrón, que no estás en uno de tus mítines —le contestó uno de los enviados de los charros, al tiempo que le jalaba el cabello y la barba—. Aquí no estás en una pinche marcha, ni un solo cabrón te va a defender. A ver, háblales a tus maestrotos para que te defiendan. ¿Qué vas a hacer en septiembre? —insistió el ensombrerado.

Las preguntas siguieron durante largo rato sin que tuvieran respuesta.

—No te vamos a madrear... —sentenció otro en tono irónico—, pero te vamos a dejar otra marca de la que no te vas a olvidar en toda tu pinche y puta vida.

—¿No podemos hablar en otros términos? —respondió Ariel.

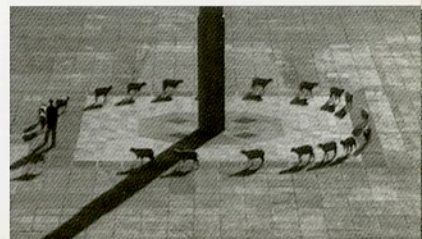
—¿Verdad que cambian las cosas, pinche Arielito? —reviró uno de los secuestradores, mientras lo sujetaban con más fuerza. Uno de ellos ordenó a los que estaban afuera: “Ya jódelo”; a la par el resto decía: “Ora vas a ver, pinche lidercillo”, e iniciaron la violación.

Como Ariel se resistió, los enviados de los charros aplicaron más fuerza para inmovilizarlo. Le taparon la boca con gasa y tela adhesiva. El dolor era demasiado. En ese momento perdió el conocimiento. Más tarde, con dificultad, Ariel recobró la conciencia.

—A ver, cabrón —continuó el interrogatorio uno de los golpeadores—, ahora sí quedaste blandito. ¿Por qué le contestaste al presidente López Portillo cuando les pidió perdón porque no les pagaba su dinero de mierda? Aquí tenemos lo que dijiste.

Efectivamente, sabían lo que había dicho, lo que hacía, adónde viajaba, con quién conversaba. Sabían eso y más. Lo habían seguido, observado, espiado.

—¿Pecados? —siguió el interrogatorio—. Ora sí te jodimos, pinche puto. ¿Vas a ir a misa este domingo con tu pinche pelón el Méndez Arceo? A ver, ¿a poco sí es tu padrino? Sabemos todo lo que haces. ¿A qué fuiste el año pasado a Tehuantepec, qué tramaron los pinches curas? ¿Fuiste a Juchitán, comunista de mierda? ¿Por qué viajabas en avión si no te pagábamos, de dónde sacas el dinero, quiénes te lo dan?



¿Los puntos críticos? ¿Los pinches *troskos*? ¿O los *maos*? Porque no te juntas mucho con los *pescados*, ¿verdad? Ya vimos su último periodiquito. ¿De dónde sacas el dinero?

En ese momento empezaron a presionar la columna vertebral, primero con la rodilla, luego con el puño. Había rabia en los torturadores.

Las preguntas continuaron: “¿A ver, pinche Arielito, nos vas a decir por qué le dijiste estúpido a tu nuevo presidente? Porque De la Madrid le ganó a tu pinche candidato, ¿o no? ¿No le ganó? Tanto pinche escándalo y ya ves, les ganamos, pinches *troskos*”, le dijeron en referencia a la candidatura de Rosario Ibarra por parte del Partido Revolucionario de los Trabajadores.

El interrogatorio siguió, al igual que el silencio de Ariel. Los golpes, las preguntas, la presión le provocaron un estado en el que al intentar hablar rompió a llorar. Pudo contenerse. Con dificultad intentó gritar a través de la gasa y la tela adhesiva. Lo cuestionaron sobre si quería hablar, al tiempo que le retiraron el tapabocas. Como no respondió, repitieron la violación.

Las preguntas continuaron. Querían saber el origen de la financiación del movimiento, sus relaciones con la Iglesia. Querían demostrar que tenían información.

La agresión a Víctor Ariel no era algo nuevo. Desde tiempo atrás había recibido amenazas de muerte vía telefónica. En agosto de 1981 un individuo trató de amenazarlo dentro del mismo local sindical ante el silencio cómplice de las autoridades.

En clara referencia a Rosario Ibarra, lo desafiaron entre carcajadas: “A ver, vele a contar a tu candidata pendeja y a tu CCL que te cogimos, ve corriendo, a ver cómo sales de ésta...”

Indignados con el apoyo al movimiento de las comunidades eclesiales de base de Morelos, le espetaron: “¿Qué tienes que ver con la Iglesia? Sabemos que la llevas bien con los curas. Pinches curas, también se los va a llevar la chingada si siguen jodiendo la madre”.

En ese momento lo violaron por tercera ocasión.

—Si abres el hocico te carga la chingada no solamente a ti —amenazaron cuando Ariel recobró el conocimiento—. Adviérteles a los demás. Sabemos dónde andas, qué haces, ¿ya te tienen casa nueva? Te vigilamos siempre.

—No seas pendejo, te vamos a dar otra oportunidad —dijeron otros entre conciliadores y amenazantes—: te mueres si no te enderezas.

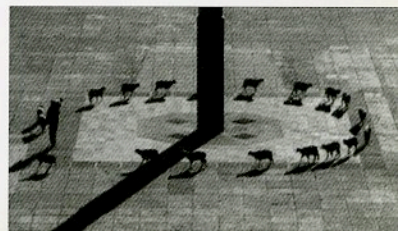
Lo dejaron sobre Tlalpan, a la altura de Xola o Nativitas, en la Ciudad de México. Se despidieron de él con una amenaza: “No se te olvide, te vigilamos. No hables porque te mueres, ¿oíste? Ahí te hablamos por teléfono luego, ya nos conoces”.

Pero Ariel habló. En una decisión difícil y comprometedora presentó la denuncia. En carta a Rosario Ibarra, presidenta del Frente Nacional contra la Represión, señaló que lo hacía por “la necesidad de anteponer la denuncia a cualquier tipo de consideración personal”. Concluyó su testimonio con un voto de esperanza: “Seguir andando humanizando el mundo es, a más de imperativo revolucionario, luminosa tarea. El miedo no sirve, paraliza y cumple, si se le deja avanzar, el propósito de los enemigos de los intereses libertarios del pueblo”.

A pesar de la agresión Víctor Ariel no abandonó el movimiento magisterial. Hoy día, inquebrantable como siempre, sigue comprometido con las causas democráticas, educativas y de defensa del medio ambiente.

i

A las 18:00 del 30 de enero de 1981 tres pistoleros a sueldo llegaron a Tlupetlac, Ecatepec, en un auto Chrysler LeBaron. Se estacionaron frente a un local en el que se efectuaba una asamblea de maestros y padres de familia. Algunos asistentes dejaron la reunión para sembrar a los recién llegados. El vehículo mantenía los faros encendidos. Cuando el grupo se encontraba a menos de un metro de distancia, los criminales reconocieron al profesor Misael Núñez Acosta. Fue entonces cuando le vaciaron el cargador de una *colt* .45.



Los homicidas subieron al coche que, después se supo, habían robado la noche anterior haciéndose pasar por policías. Huyeron a toda velocidad. Ya en el suelo, Misael quiso levantarse pero no pudo. Trató de decir algo pero no le alcanzó la vida para articular palabra. Dos o tres minutos después murió. Mismo destino tuvo el obrero Isidro Dorantes. El maestro Darío Ayala resultó herido de gravedad.

Rufino Vences Peña, Joel Vences Hernández y Jorge Mejía Pizaña fueron los asesinos materiales. Mataron a Misael a cambio de trescientos mil pesos. Los contrató Clemente Villegas, asistente de Ramón Martínez, entonces secretario general del SNTE. Él fue el operador de los homicidas intelectuales. El trato se cerró con Rufino en el Burger Boy de Nezahualcóyotl. Vences Peña convenció después a su tío y a su amigo Jorge Mejía de entrarle al asunto. Bastó con que les adelantara quince mil pesos para que se comprometieran en la empresa.

Éste era apenas el inicio de un próspero negocio. Según declararon los homicidas cuando fueron detenidos,

Clemente Villegas, quien nos manifestó que prestaba sus servicios en el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, nos indicó que había más personas que calmar, ya que se encontraban agitando, realizando paros, mítines y marchas a Palacio Nacional, aceptando los de la voz calmar a estas personas que agitaban, quedando de verse en un restaurante donde los declarantes recibieron la cantidad de sesenta mil pesos.⁵

Misael Núñez Acosta era uno de los más combativos dirigentes de la disidencia sindical democrática del magisterio en el Valle de México, agrupada en la Sección 36 del SNTE. Al momento de su muerte informaba a los padres de familia del rumbo que seguiría el paro nacional decretado para el 2 de febrero.

Elba Esther Gordillo era la cacique sindical de los trabajadores de la educación en el Estado de México, y una de las principales afectadas por la labor de Misael. Fue designada por Carlos Jonguitud como

⁵ *unomásuno*, 27 de julio de 1981.

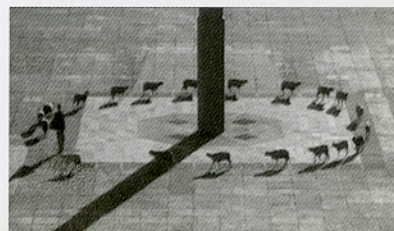
secretaria general de la Sección 36 para el periodo 1977-1980, en lo que ella caracterizó después como un pleito de hombres. De allí saltó, siempre con el apoyo de su protector, a ocupar un puesto en el Comité Nacional del sindicato, dejando a Leonardo Rodríguez Valero, un personaje incondicional, a cargo de su feudo. En esas estaba cuando en 1980 estalló en sus dominios un vigoroso movimiento democratizador de base. Misael era, por mucho, una de las figuras de esa fuerza emergente.

j

En el momento en que fue asesinado, Misael Núñez Acosta tenía treinta y dos años. Nació el 1º de agosto de 1949 en el poblado de Tenango, Hidalgo. Fue hijo de una familia de campesinos pobres de religión protestante. Inteligente, terminó la primaria en Chapulhuacán, Hidalgo. Continuó sus estudios en la escuela Cadete Agustín Melgar, de donde fue expulsado a causa de su inquietud estudiantil. Culminó la secundaria en Tamazunchale, San Luis Potosí, donde fue nombrado representante de su escuela en un concurso de conocimientos generales. De allí pasó a estudiar la normal en El Mexe, Hidalgo, el espacio propicio en que se politizó.

Las normales rurales son lugares de lucha. Lo son por dos razones. La primera, porque la pobreza y la opresión de los campesinos son comprendidas por sus hijos estudiantes de una manera mucho más racional, como algo que no es inevitable sino que puede ser superado a partir de un proyecto de transformación; la segunda, porque los alumnos deben insistir permanentemente en contra de la precariedad, por más y mejores becas como base de su supervivencia cotidiana.

Misael no pudo cursar en El Mexe más que los dos primeros años. Fue expulsado por denunciar los malos manejos que se hacían con las raciones alimenticias. Tuvo entonces que lidiar con la Dirección de Normales en el Distrito Federal para que lo reinscribieran. Después de oponerse a que lo trasladaran a Atequiza, Jalisco, terminó sus estudios en la normal de Teneoría, Estado de México, en 1970.



Herederero de la tradición de la escuela normal rural mexicana, apenas egresado laboró en los poblados de Tetelia de Islas y Santiago Xolguilancan, Puebla, donde logró la introducción de caminos vecinales, luz y agua, así como la fundación de una telesecundaria en la que trabajó sin recibir sueldo alguno. Allí contrajo matrimonio con Yolanda Rodríguez, maestra con la que vivió el resto de sus días.

Entre 1973 y 1974, instalado en Cardenal, Estado de México, comenzó su tarea como organizador y asesor sindical. Nunca más la dejaría. Reconocía la fuerza dirigente de una próxima revolución y muchas de sus energías las dedicó a buscar construir su organización independiente. En Cardenal promovió la formación de un movimiento en contra de la contaminación que producía una fábrica que había en el lugar.

Donde se encontrara, Misael se empeñaba en organizar a la población. En ello estaba el sentido de su vida. En 1974 llegó a la zona de Tulpeticlac, sede de un importante corredor industrial y un enorme centro habitacional obrero. Desde 1973 algunas luchas sindicales comenzaron a "calentar" la región.

La resistencia de los trabajadores de Laminadora Kreimerman contra el cierre de su centro de trabajo, ligada a pequeños combates como el de los obreros de Trailmobil por un sindicato independiente, el de VISA, el de TOSA, el de la empaadora Bremer, el del rastro de Xalostoc, creó una situación de insurgencia sindical en la región.

Huelgas como la de General Electric o la de Kelvinator tuvieron un impacto importante en un proletariado relativamente recién llegado de muchos lugares del país pero, principalmente, de Hidalgo.

Tulpeticlac, igual que Xalostoc y demás puntos vecinos, alberga a los obreros de esas fábricas. Allí viven entre los gases tóxicos que escupen las chimeneas de las industrias y la carencia de muchos de los más elementales servicios.

Desde el momento mismo de su llegada, Misael buscó organizar a esos trabajadores. Comenzó haciéndolo en su calidad de padre de familia y colono.

Encabezó la lucha de los habitantes de La Purísima opuestos a la empresa Coca-Cola, que quería instalar una embotelladora apropián-

dose de unos terrenos destinados a la construcción de una escuela. Para organizar, partía siempre de las necesidades más sentidas de la gente, no del rollo “politizador”. A la exigencia por servicios públicos se unieron las colonias La Loma, Texcipa, Tecuexcómac y Los Reyes.

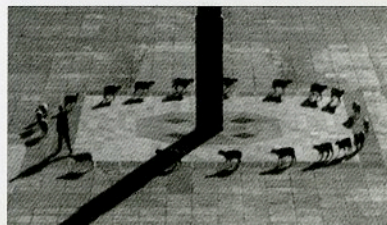
De esas necesidades y de esa unidad nació, a principios de 1976, la Coalición de Colonos de Tulpetlac. Misael impulsó su formación junto a cientos de familias. Él mismo elaboró los estatutos que hasta ahora la rigen. A ella dedicó casi todo su tiempo, recibiendo algunas de sus más grandes satisfacciones.

El 17 de julio de ese mismo año, en un combativo mitin de masas, se entregó a todas las colonias el Plan Integral de Obras. Después de tres años de luchas ininterrumpidas obtuvieron la introducción de agua potable en La Loma, de Tulpetlac, y la construcción de escuelas en Texalpa y Tecuexcómac.

En 1977 algunos maestros y autoridades pretendieron expulsar al incómodo Misael de la escuela donde trabajaba. En una asamblea de colonos y padres de familia, los integrantes de Vanguardia Revolucionaria plantearon: “O se va Misael o nos vamos todos”. Los asistentes respondieron: “Váyanse todos”, y Misael quedó desde entonces como director de aquel plantel.

Para la coalición siempre fue clara la necesidad de vincularse con los trabajadores en defensa. Fue así como ante cada huelga en la región se movilizaba en su apoyo. Los huelguistas recibían dinero, comida y compañía en las guardias. Obreros y colonos se conocían y apoyaban.

Misael animó esta convergencia. Él mismo actuó en muchas ocasiones asesorando grupos sindicales. Como dirigente principal de la coalición, fue víctima de muchos ataques. Se le acusó de impartir cursos de instrucción guerrillera en una escuela nocturna que había fundado, de pertenecer a la Liga 23 de Septiembre, de disparar metralletas en las noches.



En distintas ocasiones las autoridades del Estado de México y el PRI trataron de cooptarlo. El Consejo de Colaboración de Ecatepec le ofreció ocupar la comisión de educación. Él aceptó, y llegó a ser incluso el orador principal del presidente municipal de San Cristóbal. A pesar de ello, siguió fiel a los obreros y colonos. En 1978 el gobierno estatal le ofreció la alcaldía. Misael la rechazó. Más adelante le propusieron ser diputado. Tampoco quiso.

En 1978 ingresó en la Universidad Autónoma Metropolitana como estudiante de la carrera de derecho. Quería conocer a fondo las cuestiones legales necesarias para actuar como asesor laboral. Más adelante se inscribió en sociología.

Simultáneamente a estas intenciones, a sus clases y a sus estudios, Misael comenzó a organizar a los maestros de la región. Con el grupo Unidad Sindical editó un boletín magisterial de nombre *Análisis*. Cuando dos años después estalló la insurgencia magisterial en el Valle de México, había en la zona una base más o menos organizada desde la cual se podía influir en los acontecimientos.

La lucha de los maestros del Valle de México, agrupados en la Sección 36 del SNTE, se inició a mediados de 1980. El movimiento fue explosivo. Sus afiliados, además de sufrir las mismas condiciones de trabajo que el resto del magisterio nacional (subprofesionalización, infraestructura escolar carente de lo más necesario, dobles plazas, despotismo de autoridades), trabajaban frecuentemente —como hasta hoy— en barrios marginados o proletarios, donde la pobreza, la falta de servicios públicos y la antidemocracia son el caldo de cultivo de una permanente frustración e inconformidad. El charrismo era torpe y agresivo en el control de los sindicatos. Elba Esther Gordillo era la *Jefa de Jefes* de la sección.

El 4 de noviembre de 1980 estalló allí un paro indefinido. Con la asistencia de más de trece mil maestros, el 13 de noviembre se celebró en Ciudad Universitaria el “Primer Congreso de Masas”. Los dirigentes de Vanguardia Revolucionaria fueron destituidos y la base nombró allí mismo un Comité Ejecutivo Seccional demo-

crático. Misael Núñez fue elegido secretario de Conflictos de Primarias.

Formó parte también de la comisión negociadora que buscó solventar el problema. Los maestros tuvieron que levantar la huelga el 28 de noviembre, después de que sus demandas se resolvieron parcialmente. Buscando su cumplimiento total, se prepararon entonces para un nuevo paro, esta vez nacional, en un par de meses. Misael se encontraba organizando la movilización cuando fue asesinado por pistoleros contratados por la dirección nacional del SNTE.

I

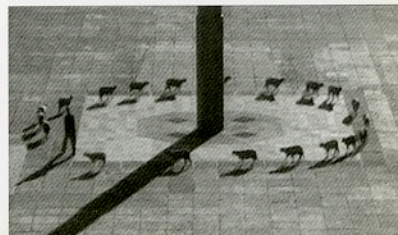
Cerca de ciento cincuenta compañeros del CCL del Valle de México se encontraban en la Normal Superior de la capital cuando recibieron la noticia de la muerte de Misael. Consternados y llenos de ira suspendieron la reunión y se trasladaron a Ecatepec. Fueron ellos los que llamaron por teléfono a varios de los dirigentes de la CNTE para dar las malas nuevas.

Esperaron toda la noche su cadáver. Hasta las cinco de la mañana no lo entregaron. No le querían hacer la autopsia. Finalmente, iluminados por una lámpara de gas, la realizaron en un panteón. Llevaron el cuerpo a su casa.

Uno de los maestros que lo acompañaban en la asamblea de padres de familia que el día de su muerte realizaba en Tlupetlac contó, impotente y lleno de rabia:

No se oyó nada. Fue como si estuvieran tronando cohetes muy pequeños. No me di cuenta de que había sido herido hasta que cayó al piso, boca abajo. Escaparon en un LeBaron blanco. Pudimos haberlos detenido, bloqueando la calle o rompiendo los cristales del auto, pero no se oyeron los disparos y por eso cuando nos dimos cuenta ya el coche doblaba la esquina a toda velocidad.

Un alto funcionario de la SEP llamó alarmado en la noche. “¡Ya cayó uno, que no caigan más! ¡Detengan ese paro!”, pidió. Su voz era de



alarma genuina. Pero nadie podía frenarlo. Menos aún después del homicidio. El movimiento, además, era incontrolable para partidos, grupos políticos o cualesquiera personas que intentaran desviarlo. El 2 de febrero estalló la huelga con todo y plantón.

Al día siguiente del asesinato el CEN del SNTE y la delegación regional de la SEP en el Estado de México condenaron “los hechos violentos suscitados en los enfrentamientos de Ecatepec, donde se atenta contra la vida y seguridad de los miembros del magisterio”. La declaración provocó una gran indignación entre los profesores democráticos. “Los hechos violentos” eran asesinatos pagados, no enfrentamientos.

El sábado siguiente los maestros disidentes se encontraron en la Normal Superior para discutir los estatutos del sindicato. No pudieron analizar mucho. El ambiente era pesado, doloroso y muy poco sereno. Un día después, cerca de mil personas participaron en una marcha fúnebre y cargaron el féretro de Misael. Venganza era la idea que rondaba en la cabeza de muchos.

Durante los primeros días no estuvo claro quién era el responsable intelectual de aquella muerte. Misael tenía varios enemigos poderosos. Había afectado importantes intereses. ¿Los caciques de Tultepec? ¿Carlos Jonguitud Barrios? ¿Ramón Martínez? ¿Elba Esther Gordillo? La policía judicial encargada del asunto le dijo a un compañero suyo y a su viuda: “No se extrañen de que los asesinos del profesor sean gentes muy cercanas a él”.

Los meses y los años que siguieron fueron difíciles. Amenazas de muerte, casas y locales sindicales baleados, golpizas contra manifestantes, denuncias penales, coches con los frenos cortados, ceses y actas administrativas fueron el “pan nuestro de cada día”. Con frecuencia, al salir de las asambleas de la Coordinadora, los maestros democráticos debían revisar los birlos de las llantas de los carros que abordarían —era común encontrar que los habían aflojado—. Muchos otros profesores disidentes terminaron asesinados.

Algunos compañeros se asustaron y volvieron a sus casas. Otros, como Alejandro Reyes, a quien tanto conoció Misael por trabajar a su

lado en la misma escuela, fue cooptado por Elba Esther Gordillo. En Chiapas hasta se hicieron paramilitares.

Sin embargo, la mayoría siguió adelante. Con su trabajo de organización y compromiso militante cambiaron el México de abajo. Hoy miles continúan tratando de democratizar el SNTE, al tiempo que se han empeñado en desarrollar una educación alternativa. Muchos dirigentes se vincularon a luchas campesinas e indígenas. Otros participaron destacadamente en la democratización de sus municipios. Varios han sido diputados. No fueron pocos los que se involucraron en la construcción de los partidos de la Revolución Democrática (PRD) y del Trabajo (PT), aunque un buen número de ellos prefirió seguir en organizaciones políticas sin registro legal. Casi todos, incluyendo a los que alguna vez ocuparon puestos sindicales, regresaron a sus escuelas a dar clases.

m

De Tulpetlac salió una marcha fúnebre rumbo a la Escuela Normal Superior con los restos de Misael. Cientos de puños en alto lo recibieron allí. Una interminable procesión de carros partió rumbo a Ixmiquilpan, Hidalgo, para sepultarlo. Su féretro fue cubierto con una bandera roja y las siglas de su organización. El 2 de febrero de 1981, día del inicio del paro magisterial nacional, ochenta mil personas marcharon por las calles de la Ciudad de México. En la descubierta, encabezando la manifestación, fue llevado un simbólico ataúd.

Los asesinos materiales fueron detenidos por la policía pero, poco después, se fugaron de la cárcel sin grandes dificultades. Aunque confesaron quién los había contratado, nunca se apresó a los autores intelectuales del homicidio. Tan pronto se hizo pública la relación entre los criminales y dirigentes nacionales del SNTE, la Sección 36 publicó un desplegado en el que tachaba a sus acusadores de amari-llistas y de pretender vulnerar la unidad sindical. El comité nacional tardó tres semanas en fijar su posición. Después de atacar a casi todo mundo, excepto al presidente de la República, los líderes del sindica-



to afirmaron que su gremio “rechaza categóricamente las aseveraciones que pretenden involucrar a nuestra organización con los actos criminales en los que perdió la vida el compañero Misael Núñez Acosta”.

n

Como sucedió en la primera negociación oficial con la disidencia, a la que acudió como secretaria general del SNTE, el fantasma de Misael ha perseguido a Elba Esther Gordillo durante toda su vida. Ella siempre ha alegado que es inocente. Pero no todos creen que lo sea. Para el caso, incluso ha llegado a estar sentada en el banquillo de los acusados.

El 27 de noviembre de 2002, la Maestra compareció ante los fiscales de la extinta Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (Femospp), para rendir su declaración dentro de la averiguación previa PGR/FEMOSPP/26/2002. Se le acusaba de ser una de las autoras intelectuales del homicidio del profesor Misael Núñez Acosta.

Vestida con saco, falda y capa rosa, desesperada y molesta, requerida por la autoridad en el auditorio México del edificio de la PGR, ubicado en la avenida Reforma y la calle Violeta, Elba Esther amenazó: “¡Ya me voy!” Marcos Castillejos, su abogado defensor, la detuvo en seco: “Maestra, ésta es una diligencia judicial. No puede”.

La Femosp pp le preparó un cuestionario de ciento veintiséis preguntas relacionadas con su trayectoria en el SNTE, su relación con Carlos Jonguitud, el asesinato del líder disidente del Estado de México, Misael Núñez, y sus vínculos con Ramón Martínez Martín y Clemente Villegas Villegas, el asesor del SNTE que pagó a los asesinos materiales para matar a Misael. También sobre otros homicidios de profesores en los estados de Guerrero y Oaxaca, y las acusaciones que pesaban en su contra por presuntamente haberse enriquecido de forma ilegal con cuotas del sindicato, como si eso hubiera sido una de las causas que gestaron los asesinatos de profesores en los años ochenta.

Sin embargo, una hora antes de la comparecencia, Ignacio Carrillo Prieto, titular de la Femosp pp, recibió una llamada de la Secretaría

de Gobernación, a cargo de Santiago Creel Miranda. El interrogatorio se redujo a unas cuantas preguntas relacionadas con el conocimiento que tuvo acerca de la muerte de Misael Núñez y algunos otros asesinatos de docentes.

Antes de iniciar, la Maestra dijo en voz alta: “Hace frío, ¿qué, aquí nadie sirve café?” Carrillo Prieto se levantó de inmediato para atender la petición. Alguien lo detuvo y le recordó que era *el* fiscal. Enseguida el café fue servido por una edecán.

Las sillas se colocaron en forma de herradura en el centro del auditorio, de tal manera que los asistentes pudieran observarlo todo. Ante los denunciantes y dispuestos cara a cara se encontraban Gordillo y Marcos Castillejos, y en el otro lado los fiscales. Elba Esther quedó de frente a Carlota Acosta Hernández y Juan Carlos Núñez Acosta, madre y hermano de Misael Núñez.

Durante la lectura de las denuncias el abogado Castillejos expresó su inconformidad y preguntó, lo mismo que Elba Esther Gordillo, quiénes eran los presentes en la diligencia. Cuestionó si eso era legal. Cuando le aclararon que eran los denunciantes, Gordillo pidió al fiscal Carrillo Prieto que la disculpara: “Es la primera vez que estoy en una situación de éstas”, dijo. Al comenzar la comparecencia, Gordillo Morales escuchó las acusaciones que le formularon los familiares de Misael Núñez y maestros democráticos como Teodoro Palomino, Juan José Altamirano y Ramón Couoh.

También se le cuestionó respecto de las declaraciones que Carlos Jonguitud hizo a *La Jornada*, en las cuales señaló que Elba Esther contaba con grupos de control y que Misael había muerto a manos de ellos.

Elba Esther estaba enojada. El hecho de que la interrogaran sobre las declaraciones del –como ella le decía– *señor*, la encrespó. Se indignó con la presencia de los denunciantes en la sesión.

La Maestra escuchó sus derechos, el contenido de las denuncias y las preguntas, pero ya el cuestionario carecía de filo. Ella se reservó su derecho a declarar. Fue la única presunta responsable que compareció en esa investigación.



Gordillo Morales entregó dos escritos: en uno hacía del conocimiento de la autoridad la designación de su defensor, y en otro se deslindaba de Carlos Jonguitud y pedía al Ministerio Público Federal que el potosino ratificara y reconociera como propias las declaraciones en las que la inculpó del homicidio de Misael Núñez. Luego mostró su molestia porque integrantes de la CNTE, sus denunciantes, estuvieran presentes en la diligencia. Entonces el fiscal Carrillo Prieto la reconvino.

Meses después el caso se desechó.

A más de treinta años, la muerte de Misael sigue impune.⁴

⁴ El 26 de febrero de 2013 la Procuraduría General de la República aprehendió en el aeropuerto de Toluca a Elba Esther Gordillo Morales, la ya nombrada lideresa vitalicia del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. Se le imputó el delito de operación con recursos de procedencia ilícita (lavado de dinero). El lunes 4 de marzo de 2013, con los coacusados Isaías Gallardo, José Manuel Díaz, Nora Hugarte y Erick Rodríguez, le fue dictado auto de formal prisión. El proceso, que continúa abierto, ha sumado los cargos de delincuencia organizada y defraudación fiscal. La Maestra está recluida en el Centro Femenil de Readaptación Social de Santa Martha Acatitla.